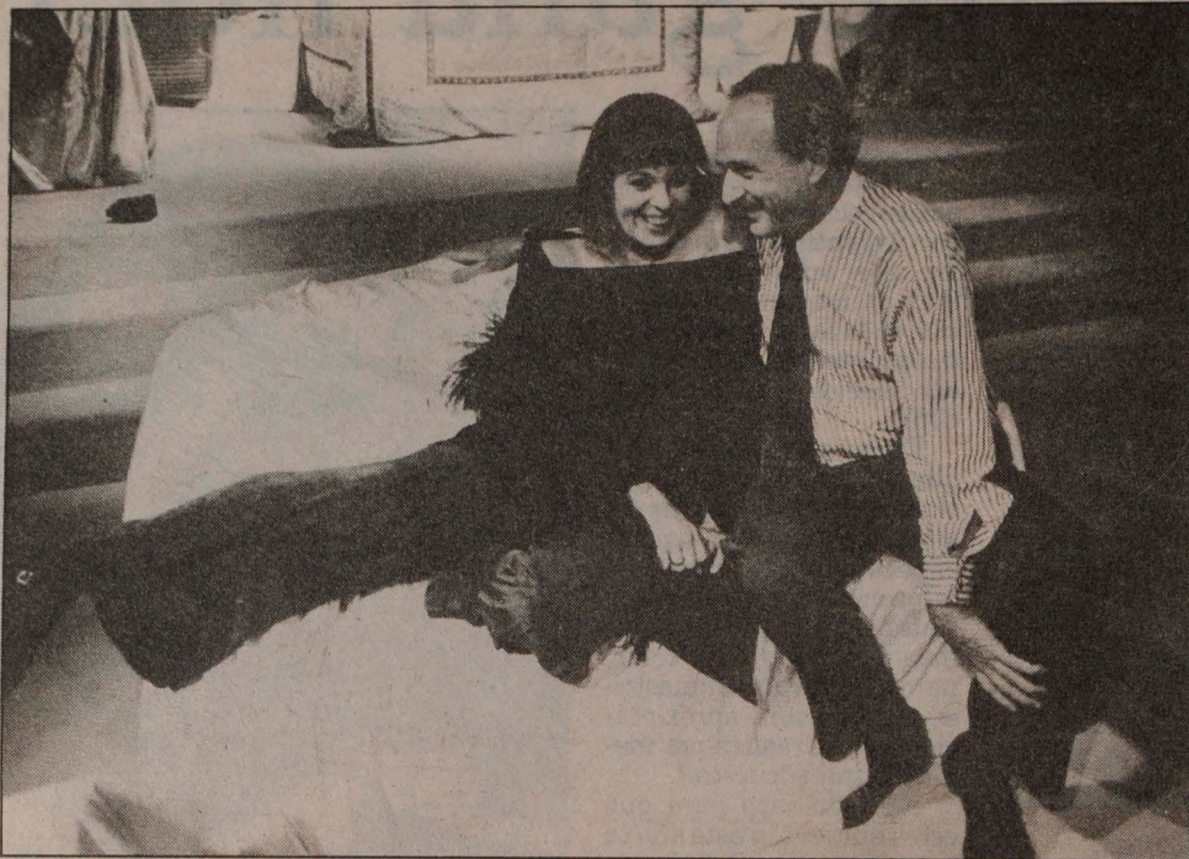


RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

La oveja negra



Hubo un tiempo en que sin pensarlo dos veces me saltaba sin echarles un vistazo las páginas de vida social de los periódicos. Sabía que allí había de encontrar fotografías de personajes y acontecimientos por los que no sentía ni interés ni curiosidad. Sin embargo, de un tiempo a esta parte me detengo en ellas para ver fotos de escritores y artistas que conozco personalmente o por sus obras. Cada lanzamiento de un nuevo libro se celebra con cocteles y diferentes agasajos; la inauguración de una exposición plástica es motivo para que se reúnan representantes del mundo artístico, empresarial y político, y no dejo de observar con satisfacción que las puertas de La Moneda ahora no sólo se abren para los futbolistas, sino también para nuestros creadores.

Parecería que ya ha pasado a ser un nostálgico recuerdo la imagen del poeta maldito pontificando en un bar ante una botella de vino ordinario y cuyo destino final seguro era morir en la sala común de un hospital, o la del pintor en constante conflicto con el medio, vendiendo a vil precio sus cuadros para subsistir malamente.

Es difícil determinar si esta valoración social de la creación artística va unida a una mayor calidad. Lo que sí es posible advertir es que existe un mercado para el artista plástico nacional y que lo más frecuente es encontrar no sólo en los hogares adinerados sino

también en los de clase media cuadros de artistas nacionales ornando sus paredes. Un importante grupo de escritores ya no deben estar juntando dinero para financiar la edición de sus libros, pues distintas empresas editoriales comienzan a disputarse la exclusividad de sus escritos. Y si bien las ediciones siguen siendo magras en número y los derechos de autor esmirriados, hay perspectivas de ampliar el número de lectores introduciendo a nuestros

autores en el mercado del mundo hispanohablante.

Todo esto, unido a la extraordinaria oferta musical que ha habido esta temporada, y a la que ha respondido un público abundante y entusiasta, parecen claros indicadores de que existe una bonanza cultural.

Sin embargo, hay una disciplina artística que parecería no estar usufructuando de esta bonanza: el teatro. Si a mitad de semana uno observa la

cartelera, se diría que los pesimistas presentimientos de que el teatro se está muriendo ya se han cumplido en nuestro país. El fin de semana, en cambio, la cartelera aumenta, pero el público no. Hay excepciones, es cierto. Nissim Sharim con su "Einstein", Jaime Vadell con sus "Escenas de la vida conyugal", y uno que otro más, no pueden quejarse de plateas vacías, pero en el resto cunde la frustración.

¿Qué ha sucedido para que una actividad artística que

décadas atrás se advertía como activa y pujante hoy se debata en esta mediocridad?

La respuesta es variada y compleja, pero esencialmente me parece que nuestros teatrístas han renunciado a traducir dramáticamente nuestra realidad en el aquí y el ahora, para en cambio exhibir patologías más propias de la consulta de un psiquiatra que de un escenario o, en el otro extremo, presentar juegos livianos e intrascendentes en procura de un éxito comercial que, por lo general, les es esquivo.

Olvidando que la función del teatro es servir de espejo de los problemas, sentimientos y angustias de la sociedad a que pertenecen, los teatrístas chilenos se han olvidado del público para hacer un teatro para ellos mismos. Lo normal, ante una nueva producción, es pensar en la expectativa que la obra podría tener en los festivales internacionales, en los que el público que asiste es mayoritariamente gente de teatro. El propósito de interpelar a un público nacional parece estar ausente de sus preocupaciones.

Días atrás asistí a una reunión de teatrístas donde se debatían estos puntos. El pesimismo reinaba y los que discutían parecían estar de acuerdo en un solo concepto: no había público para el teatro. Pero uno de los presentes retrucó, dejando a todos en silencio: "Lo que sucede -dijo sentencioso- es que lo que no hay es un teatro para el público".

DERECHOS HUMANOS

PEDRO PABLO PARODI

El debate de la amnistía

A propósito del cumplimiento de la sentencia dictada en el caso Letelier, hemos escuchado infinidad de declaraciones, consignas y propuestas relativas a las violaciones de los derechos humanos y a las relaciones cívico-militares.

No muy alentador resulta su análisis, toda vez que deja la sensación de que pocos de los declarantes tenían algo que decir y que muchos de los que hablaron no debieron hacerlo.

Lo que queda en claro después de este singular capítulo es que la estrategia de esconder la cuestión de los derechos humanos en el olvido fracasó estrepitosamente. Lo mismo ocurrió con la confianza en la suficiencia del estado de derecho, confianza que no tardó en ensombrecerse entre tanto recelo y titubeo. También quedó de manifiesto ante el país y el mundo la autonomía legal y operativa de que gozan las FF.AA. Cualquier otro intento de explicar lo sucedido con cierta coherencia son sólo frases protocolares, que una vez más pretenden dar una idea de normalidad muy distante de los hechos.

La ley de amnistía parece estar en el centro de todo esto. De hecho, en torno a la forma en que debe aplicarse gira el debate parlamentario, que trata afanosamente de encontrar la fórmula para interpretarla de manera que apacigüe las inquietudes castrenses. Sin embargo, la otra cara de la moneda, la vinculada al destino que se dio a los restos de los detenidos desaparecidos, parece no tener igual acogida, quizá porque no se divisa una disposición a colaborar de parte de los que conocen su paradero.

No puede perderse de vista que ambas cuestiones tienen un trasfondo ético. Es ese contenido valórico el que debe iluminar cualquier acuerdo que en definitiva se adopte. No se trata aquí de redactar un cuerpo legal ficticio en aras de un bien común abstracto o de una política de Estado que se satisfaga con instrumentalizar la democracia para mantener el comercio exterior y tener a

los militares en sus cuarteles. Tal medida sería una ofensa gratuita a la inteligencia de los chilenos de uno u otro lado.

Cualquier solución a que se llegue deberá incluir la preocupación del Estado por aclarar la suerte y paradero de las víctimas de la desaparición forzada, así como la posición judicial de los autores de tales delitos. No obstante, hay que tener en cuenta que casi ninguno de los procesos en actual tramitación ofrece antecedentes para dar con los restos de los asesinados, por lo que las diversas modalidades con que los jueces materialicen la amnistía no son pertinentes para esta trascendental arista del problema. Es evidente que la respuesta la tienen los que intervinieron en la macabra tarea de ocultar, destruir o lanzar a un río o al mar los cadáveres. Ellos son los que deben cooperar, y es aquí donde el esfuerzo y la creatividad de los parlamentarios serán puestos a prueba.

Puede que a algunos no les agrade la vía administrativa para este último fin, pero es evidente que parece la única

viable, ya que puede rendir frutos sin ahondar el conflicto que ha quedado de manifiesto en estos días.

Abogado de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación.

PALOMO

FÉMINA IN EXCELSIS

